

## NATIVIDAD DEL SEÑOR. MISA DEL DÍA

25 de diciembre de 2002

Amados hermanos en nuestro Señor Jesucristo:

En este día tan importante y tan solemne del Nacimiento de nuestro Señor, de su Natividad (Navidad es una contracción de Natividad); como dice la liturgia, desde antaño, nuestro Señor nació efectivamente un 25 de diciembre, habiéndose encarnado en el seno virginal de María un 25 de marzo, fecha en que también murió, como dicen los Padres de la Iglesia hoy tan desconocidos, y como lo recuerda Dom Guéranger, citando a San Efrén, ese gran exégeta de la antigua Siria. Es más, dice que se encarnó un viernes 25 de marzo y nació un domingo 25 de diciembre. Y ¿cuál es la importancia de esta fiesta tan popular y tan querida del pueblo católico? La principal es la Pascua, la Resurrección, pero, sin embargo, la Navidad es la más popular, quizás porque se trata de un Dios que se nos aparece bajo la forma de un niño indefenso y que nace en un pesebre, en una cueva en medio de la desolación por el rechazo de los hombres, sin encontrar un solo albergue, ni una sola puerta abierta allí donde habitaba el ser humano, para ir a nacer en el abandono.

Por tal motivo el pesebre, mucho más que la pobreza y mucho más que la humildad, nos está manifestando el desamparo de los hombres ante Dios, ante su manifestación. Y esa soledad de San José y de la Santísima Virgen María refugiándose en una cueva, en una gruta, sin que hubiese seres humanos racionales que diesen testimonio, se vale entonces de un buey y de un asno, para que por lo menos la criatura irracional viera en silencio a su creador.

Por eso el ser católico conlleva una vida de sacrificio; es una Cruz, es un desapego del mundo y de los hombres. Así nació nuestro Señor y no quiso hacerlo en medio de un palacio cubierto de oro, éxito y gloria, sino en esa soledad y en ese abandono, en esa lejanía del mundo y de todo lo que éste significa. Es una concepción protestante la de hacer radicar en la gloria mundana, en su éxito el apostolado, el cristianismo, la obra de la Iglesia y de la gracia y esa deformación viene del judaísmo, de esa carnalización que busca la gloria y el triunfo en esta tierra, en este mundo; todo lo contrario de lo que nos muestra la Cruz. Una derrota naturalmente considerada, pero sí una victoria sobrenatural y ya eso es diferente.

Quisieron el paraíso aquí en la tierra, una vez que sus puertas fueron cerradas. Es también la obra del comunismo, la obra del protestantismo, la obra del modernismo; querer la fama de este mundo. Y si hay un éxito en esta tierra no será por las fuerzas intrahistóricas, ni por las del hombre sino por una intervención gloriosa de Dios cuando venga en gloria y majestad y eso será otra cosa, será otro tiempo y será el triunfo de los Corazones de Jesús y de María. Esa es la expectativa de la

Iglesia hacia la Parusía de nuestro Señor. Es absurdo querer un triunfo sin su intervención; debe quedarnos claro para no equivocarnos, para no desorientarnos.

Desafortunadamente sobre eso habría bastante que decir; han sido muchos los errores y el desconcierto; tantos errores y confusiones como en la venida de nuestro Señor que el pueblo elegido tenía las Escrituras y sin embargo las desconocía y tal pareciera que la historia se repite ante la proximidad de su segunda venida sin la cual la primera queda inconclusa, queda trunca. Nos encontramos entonces en ese caos y por eso la polución de mensajes, de interpretaciones, siendo muy pocos los que tienen un esquema, esqueleto o estructura exegética basada en la palabra de Dios y en los santos Padres de la Iglesia pulida con la sapiencia doctrinal de la teología. Por eso tanto desorden. Aunque en todo esto hay también un gran misterio, como en todo lo que es de Dios.

En este día vemos que se pueden celebrar tres Misas; esa triple alabanza a la Santísima Trinidad manifiesta ese triple Nacimiento de nuestro Señor, el carnal del seno de la Santísima Virgen María, el cual se refleja en la primera Misa, la de medianoche o Misa del gallo; el de nuestras almas (y de los pastores) por la gracia con la Misa de la aurora o del alba; y esta tercera Misa que nos muestra con el evangelio de San Juan, evangelio sublime, el Nacimiento eterno del Verbo en el seno del Padre desde toda eternidad. Por eso en el principio, desde el principio ya el Verbo era Dios; ese misterio de la Santísima Trinidad, solamente conocido por la Revelación; revelación hecha en el Antiguo Testamento por los profetas a los padres como hemos leído en la epístola, pero que después se manifiesta por el mismo Verbo, por la misma palabra de Dios que se encarna para hablar a los hombres.

¿Y qué nos dice San Juan? Que “los suyos no le recibieron”, que los suyos no lo aceptaron. Y ¿quiénes eran los suyos? Su pueblo, los judíos, ciegos, y Él “es la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo”. Toda inteligencia angélica, humana o lo que fuere, toda inteligencia creada es una participación de la luz de Dios; si Dios no nos diera esa luz no conoceríamos, como que si no nos diera ojos, no veríamos. Y ¿qué hace la humanidad con esa luz? La desecha, la desprecia y ese es el pecado: el rechazo de Dios, hasta lo más elemental, la luz en su doble forma natural y no se diga sobrenatural, la luz de la fe, la de la gracia, la de la Iglesia. ¿Por qué? Por un misterio de iniquidad, por falta de amor a la verdad; a tal punto que se puede decir que todo aquel que se condena lo hace libremente por no querer corresponder voluntariamente con el amor a la verdad, y por eso nuestro Señor dijo que era la Verdad.

La verdad es lo que nos identifica en primer plano ante la realidad que nos circunda y ante nosotros mismos. Por eso no se puede claudicar ante la verdad. Y ese sometimiento, esa impugnación conocida es el pecado contra el Espíritu Santo; rebatir la verdad conocida, la luz que me da Dios en todos los órdenes, natural y sobrenatural. Por eso el demonio es el padre de la mentira y del error. Y por ello nuestro Señor es justamente la luz del mundo que irradia a todo

hombre que viene a este mundo; eso lo dice San Juan. Sin embargo, vemos cómo responde el hombre, cómo lo hacemos nosotros, no correspondemos, y seremos juzgados por ello; por eso nuestra Señora en su fiat, en su sí, no hizo más que corresponder a ese llamado de Dios, a ese designio de Dios; no osó ni siquiera decir “sí quiero” sino “hágase en mí tu voluntad”, como una esclava, como una sierva de Dios.

Esa es nuestra condición y no lo que hoy se nos enseña: “libertad y derechos para hacer lo que se nos venga en gana”; por eso el gran San Agustín decía “ama y haz lo que quieras”, porque el que ama la verdad, de verdad a Dios no puede pecar. Todo yerro es una falta de amor, de caridad, de correspondencia al amor divino y éste es expresado en un Dios que se encarna y se hace hombre, que asume la naturaleza humana, que le da existencia en su persona divina. Una persona divina y dos naturalezas: una divina y una humana. Otro misterio de fe incomprensible para la razón, pero es de Dios revelado. Eso no se puede desconocer y quien lo hace no es católico, y por eso, cuántas herejías hay alrededor de la Santísima Trinidad y de nuestro Señor Jesucristo.

Si nosotros, hoy, queremos verdaderamente acercarnos al pesebre para adorar al Niño Dios, tenemos que ir a hacerlo en verdad con amor a la ella, correspondiendo a esa expresión sublime. Él nos podía haber salvado de otro modo, pero no, eligió el camino más difícil, el de la Cruz con sangre para mostrar que no hay amor más grande que aquel que derrama su sangre, que da su vida por sus amigos. Esa es la amistad que nuestro Señor nos demuestra desde la Cruz; lo tenemos clavado en ella. Si no, ¿qué significan este y todos los crucifijos?

Esa inmolación de la Cruz es la que está perpetuada a través de la Santa Misa, sin Cruz no la hay; sin Cruz no hay religión católica, y el mito de la religión moderna es eso, caer en la idolatría, en el nuevo paganismo, desvirtuando la religión católica y sacándole la médula espinal, desvertebrándola, es decir, quitándole el sacrificio de la Cruz. Ese es el significado teológico de la reforma litúrgica y el porqué de la nueva misa, y el porqué para mantenernos en la verdad y en el espíritu de sacrificio, tenemos que asistir a la Misa Tridentina, a la Romana y no a la nueva. Si hay algún fiel que no lo entiende, que le pida a la Santísima Virgen, a nuestro Señor que, si lo que yo digo es mentira, le muestre el camino, porque Él tiene la bondad de enseñarnoslo si se lo pedimos con humildad, para que la Iglesia no se convierta en un aquelarre, porque en eso se está mudando, al igual que el culto; todo esto es muy grave.

Debemos aprovechar esta natividad para pedirle al Niño Dios que nos dé esa luz tan necesaria para conservar la fe hoy día y salvar nuestras almas. Diferente es un ignorante que sin culpa lo sea, por eso es un deber nuestro acabar con la ignorancia. La Iglesia es misionera, para combatir la incultura y llevar la luz del mundo que es la Iglesia y nuestro Señor Jesucristo, para que todas las naciones se conviertan y adoren al verdadero Dios. Porque si no lo hacen, venerarán al falso, al anticristo; no hay término medio, no es indiferente, y nuestro Señor mismo dice que si a Él, que viene en el nombre de su Padre no lo aceptan, entonces admitirán al otro. Si no hay la paz de

Cristo habrá la del anticristo y a eso vamos si el mundo no se convierte; debemos estar preparados, porque la persecución será atroz como ya vemos que está siendo cada vez más difícil. El combate es de fe, no es económico, social o político como pueden creerlo miopemente; es mucho más, es teológico, religioso, de fe; por eso la lucha no es contra los hombres de este mundo sino contra los espíritus; es decir, contra Satanás y los espíritus malignos. No nos equivoquemos en el campo de batalla.

Aprovechemos así esta Navidad para consolar a nuestra Señora y a San José y ofrecerle nuestro corazón al divino Niño, que si una criatura no nos enternece el corazón, ¿entonces qué? ¿Seremos más duros que las piedras? Que acercándonos con humildad, ese verdadero reconocimiento de nuestra nada ante Dios, de nuestra absoluta dependencia a Él, podamos corresponderle con nuestro amor, que para eso nos hizo libres e inteligentes; una piedra no puede pagar con amor a Dios; ni un burro o un buey, solamente un ser espiritual sea humano o angélico. Eso es lo que reclama nuestro Señor de nosotros, para que le tributemos así ese acto de profunda adoración en el día de hoy.

Quiero, además, desearles a todos los fieles una feliz y santa Navidad y que el año nuevo no nos haga olvidarla; que si festejamos el año nuevo no lo hagamos como paganos, con borracheras o libertinajes, sino para agradecer por el año que pasó y para darle las gracias por el que viene, en el que no sabemos qué va a pasar, aunque algunos ya dicen o presagian, incluso dentro de la Iglesia, cosas peores, pero debemos estar preparados.

Voy a decir lo siguiente no porque esto sea dogma de fe sino como información; lo hago porque ya lo he oído no una, dos, ni tres veces, sino muchas más y la última tuvo lugar con la visita del padre Schmidberger: que algunos cardenales y obispos en Roma tienen miedo de que cuando muera Juan Pablo II, en el próximo cónclave se dividan las opiniones y salgan dos Papas; claro que sería un desastre pero yo diría, porque también hay que adelantarse al mal, si eso llegase a pasar no es más de lo que podría estar sucediendo hoy, es decir, de manifestarse como una enfermedad, como aquel que tiene sida y no se da cuenta y después se percata de ello porque se lo certifican.

Pues bien, esta división que hay en la Iglesia es por la ruptura con la Tradición. Dios permita entonces que se manifieste en esa división que se produciría si hubiera en el próximo cónclave una diferencia de opiniones y eligiesen dos Papas, lo cual no es posible porque la Iglesia no puede tener dos al mismo tiempo; o uno sería el verdadero y el otro falso, o al revés, o los dos serían falsos y sin embargo la Iglesia seguiría y si eso llega a suceder, y por eso lo digo por si acaso.

Debemos estar prevenidos para que eso no nos perturbe, porque la Iglesia es de Dios y Cristo es su cabeza, mientras que el Papa es la cabeza visible, el vicario de Cristo. Dios no quiera, pero si llegase a pasar, porque Juan Pablo II está cada vez más enfermo, va a morir y si llegase a acontecer,

cómo no van a estar preparados los fieles. Por lo menos espero que los creyentes de este Priorato, de esta Bogotá, de esta Colombia estén prevenidos sin querer alarmar a nadie, pero sí tenemos que ver los acontecimientos con inteligencia y con fe y no volvernos locos por el escándalo que a veces no se soporta, como mucha gente que pierde el sentido cuando no quiere aceptar la muerte de un ser querido, porque no estuvo preparada.

Pues bien, debemos estar prestos para todo, porque mientras conservemos la fe en la Iglesia católica, seamos apostólicos romanos, creamos en Jesucristo único y verdadero Dios y tengamos a la Santísima Virgen por Madre, ¿quién contra nosotros? si estamos con Dios. Esa es la fe y esa es la Iglesia; distinto son los escándalos de los hombres, de los malos pastores, de los traidores, de los pérfidos, de los anticristos, de los falsos profetas, todo anunciado para que cuando acontezca lo vayamos descifrando poco a poco.

El gran error es que los sacerdotes no nos adelantemos ni lo digamos para que los fieles, sin prisa, se vayan consolidando y preparando, porque muchas veces por un falso temor se ocultan, se esconden, y qué respeto hay entonces; uno le oculta la verdad a un niño, le esconde la verdad a un adulto, es una vergüenza, una falta de respeto y de amor al prójimo; debe ser todo lo contrario, una actitud adulta ante la verdad y ante las cosas; guerra avisada no mata soldado. Prudencia, serenidad nos debe dar el ser depositarios de la verdad y la gran esperanza en Dios nuestro Señor, que al fin y al cabo poco importa cómo se den los acontecimientos; la Iglesia está en las manos de Dios, en las manos de Cristo.

Pidamos a nuestra Señora, la Santísima Virgen María, nos ayude a ser siempre muy fieles a Dios y corresponder como Ella al amor divino. +